

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

los símbolos y referentes de su universo sobrenatural. En cada una de las imágenes aquí mostradas destaca el valor de los detalles, que se convierten en un gran testimonio de los prejuicios que se colaron al tratar de dar sentido a la excentricidad de los otros descubiertos.

6. TANAHA O LA VIVA IMAGEN DEL DEMONIO DELICIOSO

De la mano de la conquista vino la descubierta de los inacabables dominios del Diablo.⁶⁸ La mentalidad cristiana preindustrial, creía racionalmente en él y con el paso de los años, escribe Fernando Cervantes, en las tierras conquistadas se hizo común la tendencia medieval de ver a los paganos como demonios.⁶⁹ Poco a poco los evangelizadores se fueron convenciendo de que la intervención de ese siniestro personaje permeaba a los pueblos originarios. Bernardino de Sahagún, por ejemplo, escribió convencido que los dioses “eran diablos mentirosos y engañosos”. En distintas historias y crónicas –también del siglo XVI como la del franciscano– historiadores y evangelizadores de distintas órdenes religiosas como Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Andrés de Olmos, Toribio de Benavente Motolinía, Bartolomé de las Casas, Diego de Landa, Diego Durán, Bernal Díaz del Castillo, Gerónimo de Mendieta, Joseph de Acosta y el mestizo Diego Muñoz Camargo, quisieron dejar testimonio de cómo los habitantes de las tierras descubiertas rendían obediencia al Diablo a quien, según ellos, celebraban en sus ritos, ceremonias y sacrificios humanos.

Incluso, como anota Fermín del Pino, el demonio no solamente estaba disponible para los rasgos religiosos que se oponían al cristianismo, sino también para las semejanzas dogmáticas y rituales con éste. Cita en este sentido la *Historia Natural y Moral de las Indias* del jesuita Joseph de Acosta, quien pensaba que el demonio quería quitarle glorias a Dios, facilitando a los del Nuevo Mundo “cosas hurtadas de nuestra ley evangélica, como su modo de comunión y confesión y adoración de tres en uno y otras tales”.⁷⁰ Acosta sostenía que

⁶⁸ Georges Minois, *Breve historia del diablo*, Madrid, Espasa, 2002, p. 91.

⁶⁹ Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1996, p. 16, 23, 26 y 46.

⁷⁰ Fermín del Pino, “Demonología en España y América: Invariantes y matices de la práctica inquisitorial y la misionera”, en *El Diablo en la edad moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 289-90.

“tantos desdichados” habían vivido bajo las leyes de Satanás y que si de algo servía la historia que él estaba escribiendo era para conocer la soberbia, la envidia, los engaños y las mañas del demonio “con los que tiene cautivos, pues por una parte quiere imitar a Dios y tener competencias con Él y con su santa Ley, y por otra, mezcla tantas variedades y suciedades, y aún crueldades, como quien tiene por oficio estragar todo lo bueno y corrompello”.⁷¹ Ante las dificultades que presentaba la evangelización hacia los últimos decenios del siglo XVI, magnificaron el poder del ángel caído para justificar el fracaso de la colosal tarea emprendida y su incertidumbre a propósito del cristianismo experimentado por los nativos. Jacques Lafaye señaló, por su parte, que “los ‘primeros franciscanos’ no quisieron ver en las creencias y prácticas indígenas más que parodias diabólicas”, mostrándose más tolerantes en ese aspecto los agustinos, dominicos y jesuitas.⁷²

Por muchas razones el toro fue diabolizado en el occidente cristiano. Maximilian Rudwin sostiene que se debió, principalmente, al hecho de que este animal hubiera sido venerado por los egipcios y alude, entre otras cosas, a la figuración del dios griego Dionisio –dios de la exuberancia de la naturaleza y en especial de la viña que provoca la embriaguez– con cuernos de toro y pezuña hendida, atributos heredados al demonio en varias de sus representaciones.⁷³ Si bien el Diabolo aparece imaginado con un interminable número de apariencias, colores y aspectos, la forma preferida es la de varios animales, entre los que ocupa un lugar importante el toro, por su color negro, por la posesión de cuernos, por su tamaño, su bravura, su fuerza bruta, su poder fecundante, su rabo y su característica pezuña, atributos que, por cierto, conciernen también a los bisontes. No en balde las hembras de ambos fueron, en la época a la que me refiero, nombradas vacas, sus machos toros y sus crías becerros o terneras. Entre los españoles del llamado Siglo de Oro el toro tenía un lugar privilegiado en su universo simbólico, y no sólo para la imaginación

⁷¹ Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, libro quinto, capítulo 31, p. 279.

⁷² Jacques Lafaye, *Mesías, cruzadas y utopías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 60. Esta postura es aceptada y citada por Félix Báez-Jorge, *Los disfraces del diablo*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2003, p. 305.

⁷³ Maximilian Rudwin, *The devil in legend and literature*, Illinois, The Open Court Publishing Company, 1931, p. 45.

popular sino para todos los estamentos –incluidos aquí también los de los siglos XVII y el XVIII– era una “personificación del demonio”.⁷⁴

Este capítulo tiene como protagonistas principales a los bisontes y a un franciscano que misionó en el noreste de la Nueva España desde finales del siglo XVII e inicios del siguiente, religioso que seguía dominado por una fortísima creencia en lo demoníaco como explicación de aquel mundo extraño al que estaba empeñado en mudar a la fe verdadera. El caso es un testimonio de que no sólo los primeros miembros de esa orden extremaron su convicción a propósito de esa incómoda y temida presencia. La tenacidad de esa certeza entre la mayoría de los franciscos se reforzó, según Fernando Cervantes, a partir de los nuevos proyectos misionales que salieron del colegio de *Propaganda Fide* de Querétaro desde fines del siglo XVII,⁷⁵ institución de la que provenía nuestro personaje.

El queretano fray Isidro Félix de Espinosa fue un misionero apostólico muy afamado en relación con las misiones de Texas, que conoció desde fines de los años ochenta del siglo XVII, de las que fue su encargado entre 1718 y 1721. De todas sus experiencias dejó escritas varias crónicas y diarios en los que se guardan testimonios muy valiosos para la historia de esa tierra y la de su comunidad religiosa. Su punto de partida hacia esa extensa región fue el mencionado Colegio de Propaganda de la Fe, del que fue su guardián y cronista, lugar desde donde él y sus compañeros salieron con renovado celo y exigente penitencia a predicar y convertir a sus lejanos moradores. Tratándose de las semisedentarias confederaciones de tribus de los assinais se acercó a su modo de vida mucho más que otros europeos y describió sus rituales y costumbres en relación con la cacería de los cíbolos, animales que ellos, en su lengua, nombraban *tanaha*. Igualmente detalló cómo los consumían y, en general, su total utilización, retratando de manera fiel la simbiosis natural que se daba entre las sagradas vacas cíbolos y aquellos hombres y mujeres que las reconocían como tales. Sin embargo, él no contó así las cosas. Al no poder entender lo que tenía ante sus ojos, los juzgó a

⁷⁴ Araceli Guillaume-Alonso, *La Tawvomaquia y sus génesis* (siglos XVI y XVII), Bilbao, Ediciones Laga, 1994, p. 205. En la Nueva España, dentro de el ramo Inquisición en el Archivo General de la Nación, podemos encontrar casos de toreadores que hicieron pactos con el demonio para ser tan fuertes como los toros y de monjas a las que se les aparecían demonios en forma de toros.

⁷⁵ Fernando Cervantes, *op. cit.*, p. 173.

partir de la religión que él profesaba y que consideraba la mejor, la cierta y la única posible.

Espinosa estaba seguro de que todas las “buenas prendas” que caracterizaban a los assinai y a otros indios del norte, quedaban desfiguradas “por las muchas idolatrías y supersticiones con que los tiene ilusos el demonio”, a quien, según él, adoraban y daban “culto en su corazón”. No podía comprender, por ejemplo, que rindieran reverencia a un capitán grande que estaba en el cielo y que decían que lo había creado todo, así como al fuego, al que nunca dejaban extinguirse, tributándole el primer tabaco, las primicias del maíz y la mejor carne de los animales cazados. Señaló que tenían un fuego perpetuo en una casa principal que llamó “mezquita”, en una hoguera formada siempre por cuatro troncos “largos y pesados que miran a los cuatro vientos”, alimentada con leña menuda. De ahí, ceremoniosamente, lo llevaban a sus casas, donde también cuidaban que no se apagara. La lumbre era vital, no sólo para calentarse y preparar los alimentos, sino para las sesiones de los estimados curanderos que antes de dar sus “oráculos” tiraban a las llamas hojas de tabaco y una ración de carne de cíbola, lanzando luego pedazos de ésta a los cuatro vientos, acompañados de sendas bocanadas de humo, siendo la primera hacia lo alto, dedicada “al capitán de arriba”. Todo esto lo percibió, por supuesto, impregnado por los designios del demonio, que para él era “el catedrático de sus fullerías”. Concedía, sin embargo, que de todos los indios del norte, los texas eran los menos engañados y los que menos “repugnaban” lo que se les proponía para su salvación eterna.⁷⁶

A pesar de todo, no dejó de anotar sucesos y datos de gran valor. Recordó, por ejemplo, que cuando por 1688 acompañaba a fray Damián de Mazanet y al capitán Alonso de León, encontraron en una “llanada” unos indios “haciendo carne de cíbulas”, que al ser preguntados a señas por el nombre de su nación, y también si eran enemigos de los españoles, ellos respondieron “texia, texia”, que, según él, en la lengua de los asinai quería decir “amigos”.⁷⁷ Se ha dicho, a partir de esta anécdota, que fue por el empleo y el significado de esa palabra, que los hispanos los comenzaron a denominar

⁷⁶ Fray Isidro Félix de Espinosa, O. F. M., *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1964, p. 695-697, 701-704 y 714-15.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 671, 679 y 690. Esta crónica fue publicada por primera vez en 1746.

también con el apelativo de “indios texas”.⁷⁸ Asimismo, contó fray Isidro que los franciscanos llevaron a esas tierras muchos ganados mayores y menores y señaló, como referencia importante, que en aquellos montes lo que más abundaba eran los “ciervos o venados”, siendo de estos animales, junto con los pavos de la tierra, de los que los indios tenían su inmediato y “principal bastimento”, tanto en comida como en vestido. Los “ganados de cíbolos”, dijo, estaban distantes de sus aldeas a más de cuarenta leguas, por lo que, para hacer provisión de “cecinas”, o en los casos de total falta de mantenimiento, que se daba por lo general en los inviernos, organizaban cacerías muy bien armados –anteriormente con arcos, flechas y lanzas y, después, con rifles que les abastecían los franceses– que también podrían implicar, como muchas veces sucedía, encuentros sangrientos con sus enemigos los apaches.

Al dar cuenta de la geografía y de la vida cotidiana de las misiones franciscanas –que él llamó “de Río Grande del Norte situadas en los confines de Coahuila y Nuevo Reino de León”– además de venados, mencionó la existencia allá de lobos, coyotes y zorras, destacando que, entre todos, eran los cíbolos los que tenían “exquisito especial lugar”, siendo para los indios “el principal inquietativo”. Fray Isidro dedicó varios párrafos a estos animales, y veremos que, en cuanto a su forma y temperamento, en la mente del fraile fueron asimilados con el diablo. Definió a los cíbolos de mayor corpulencia –sobre todo en su cabeza– que las reses de Castilla; con pies cortos; los ojos negros cubiertos con una lana y copete crecido; las barbas como “los cabrones o chivatos”; los cuernos pequeños y corvos; una giba disforme en la espalda que, según él, “encubría seis lomos”; el cuero lanudo como oveja; de color negro o pardo oscuro; y de cola pequeña con alguna lana en el remate. Los percibió ligeros, sueltos, muy coléricos, y de corazón y valor pequeños. Esa cólera la percibía en el hecho de que, sintiéndose heridos, “aunque sea en parte de las que no participan de lleno los espíritus vitales”, detenían su carrera y caían desmayados echando sangre por la boca. También le parecían “tan feroces”, que no dudó en escribir que “si los pintores buscaran la mayor fealdad para pintar al demonio, con retratar un

⁷⁸ Se conoce a esa nación con varios nombres. Además de asinai –que era su nombre– y texas o tejas, se les llama asimismo caddo y/o cenís. Ver “Caddo Indians”, en *Catholic Encyclopedia*, New York, Appleton Company, 1908, v. 3.

cíbolo lo conseguían”. Y de la misma forma que a la mayoría de sus congéneres europeos le han de haber atormentado algunos remordimientos por pensar lo anterior y constatar, al mismo tiempo, que con respecto a las vacas españolas la carne de los cíbolos, a la que por cierto él era muy aficionado, resultaba, según sus palabras, “más aventajada en sabor y ligereza”.⁷⁹

Refirió, por último, que todas las naciones que vivían en los lomeríos o circunvecinas “a los Texas”, se sustentaban ordinariamente con los abundantísimos cíbolos, a diferencia de estos y de la gente de las misiones, que tenían que andar muchas leguas para encontrarlos. Él había visto desde el año de 1709 cómo, en las tierras a las que todavía no habían entrado los hispanos, las cíbolos estaban juntas por millares, y eran “tan copiosa multitud”, que tenían secos los pastos. Asimismo, recordó que podían verse los anchos caminos trillados que dejaban a su paso cuando bajaban a los agujajes. Contó con satisfacción que esa vez todos los que iban lograron “abundancia de carne”, sobre todo de reses lozanas, que “se les venían a las manos”.⁸⁰ Llegó a pensar, finalmente, que era “por permisión divina” el que en las misiones no hubiera más cíbolos, ausencia que él explicaba por “el abuso de ese socorro” por parte de los españoles que mataban cada día a centenares por lograr sólo lenguas, manteca y sebo, sin servirse nunca de la carne que, podrida, quedaba a merced de algunas aves rapaces.

Desde principios del siglo XIV en Europa el demonio se había convertido en una explicación universal para todo lo que hacía ruido al poder político y eclesiástico, obsesionando desde entonces a la sociedad occidental que empezó a cazarlo en todos los sospechosos de ser sus agentes.⁸¹ En tanto que el Diablo está asociado con el mal, Claude Seignolle señaló cómo, a menudo, se le identifica con el monstruo y lo monstruoso.⁸² A su vez, Jesús Carrillo demostró que para la mentalidad europea las imágenes del monstruo y del prodigio nacían de una tensión hacia lo desconocido, anterior, o a su asimilación, o a su inevitable demonización. Este mismo autor propuso que lo monstruoso era ambiguo e inclasificable y que movía al sujeto en direcciones confrontadas, “entre el miedo y el deseo, entre

⁷⁹ *Ibid.*, p. 764.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 765.

⁸¹ Georges Minois, *op. cit.*, p. 68-69.

⁸² Claude Seignolle, *Los Evangelios del Diablo*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 11.

la repulsión y la atracción”,⁸³ tal como sucedió a los europeos que conocieron a los bisontes. Éstos, como he expresado en otros contextos, para la mentalidad extranjera que con facilidad los llamó vacas y toros, estaban formados, además, con elementos de otros animales, entre los que fueron nombrados el león por sus crines, el camello por su joroba, el puerco o verraco por su cola y el macho cabrío por sus barbas.

El también franciscano fray Francisco Hidalgo, que asimismo anduvo por Texas en 1716, escribió en su crónica que los indios no sólo reconocían al demonio y le daban sacrificio como a su Dios verdadero, sino que lo pintaban “cornuto, con cara de fuego y otras facciones que dan a entender su crecido engaño”.⁸⁴ Isidro Félix de Espinosa fue parte de ese imaginario que, además de ser el más generalizado, creía que los bisontes eran “muy feos y fieros” (Francisco López de Gómara, 1552); “la cosa más monstruosa que se ha visto ni leído” (Francisco Vázquez de Coronado, 1542); “disformes de los nuestros de Castilla” (Bernal Díaz del Castillo, 1575); “grandes y disformes con una notable y feroz cabeza” (Baltasar Obregón, 1584); “monstruosos con barbas largas, vedijas de lana colgando de las rodillas y colas como de puercos” (Francisco Valverde del Mercado, 1601); “de forma fea” (Fernando del Bosque, 1675); “monstruosos y fieros” (Juan de Villagutierre y Sotomayor, fines del siglo XVII); “espantosos” (Jacques Marquette, 1674) y, entre otros calificativos, “animal[es] novedoso[s] e inquietante[s]” (Louis Hennepin, 1683).

Desde sus distintos ámbitos, pero indudablemente “entre el miedo y el deseo”, todos ellos subrayaron en sus escritos la desazón, a propósito de su carne suculenta y las delicadezas de su piel y lana “que parecían de terciopelo”, frente a su monstruosidad, fealdad, ferocidad, y/o deformidad, aunados los gruñidos perturbadores, la joroba, el color oscuro, el pelaje rizado, los ojos tapados con sus crines, las barbas, la pezuña hendida y los cuernos, atributos que, en su manera de pensar, pertenecían también al tentador adversario

⁸³ Jesús Carrillo, “La experiencia de lo natural en el nuevo mundo. Monstruos y prodigios en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Demonio, religión y sociedad entre España y América*, coordinación de Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, p. 115.

⁸⁴ Archivo del Colegio de la Santa Cruz, Querétaro, fray Francisco Hidalgo, *Trabajo entre los indios Texas, 1705-1716*, 4 de noviembre de 1716.

de Dios. Es posible que los autores que cité en el párrafo anterior así lo creyeran, aunque fue fray Isidro el único que se atrevió a decirlo, en un valioso episodio que confirma cómo, al son del Diablo, los europeos fueron justificando, a lo largo de la vida colonial y de distintas maneras, su derecho a la conquista de esas tierras, de esos magníficos animales y de esas gentes.

7. LA MÁS SAGRADA DE LAS CREATURAS SALVAJES

La caza y sus rituales

Entre las naciones indias la cacería de bisontes y sus ceremonias asociadas fueron descritas desde el mismo siglo XVI. Con respecto a la caza, todos han coincidido en calificar a los indios como excelentes y certeros flechadores, si bien sus interpretaciones sobre sus rituales a propósito casi nunca pudieron ser comprendidos a cabalidad y fueron motivo de juicio y crítica. A los autores que citaré acá para tratar estos temas me he referido en otras partes de esta historia, donde puede buscarse el relato de sus avatares y testimonios, incluidas las distintas formas que los distinguieron como hombres “blancos” en la caza y erradicación de esos animales. A partir de la desaparición de los bisontes, esto es, dos decenios antes de que terminara el siglo XIX, comenzaron a escribirse versiones más documentadas sobre los pueblos indígenas del norte de América, que han tratado de reconstruir el discurso que refiere su visión del mundo, en general, y en particular todos los significados que daban a la cacería de los bisontes, que hacían por necesidad y para aprovechar todas sus partes. Todos esos intereses, que pueden ser militares, científicos, académicos o literarios, han propiciado ahora un conocimiento más completo sobre los bisontes y sus hábitos y sobre su historia, en especial la que estaba en estrecha relación con los pueblos originarios que por milenios tuvieron en esos animales su máspreciado sustento material y espiritual, tal como ya podemos apreciarlo en las primeras crónicas, a pesar de su desdén.

En las primeras décadas del siglo XVII fray Alonso de Benavides, quien anduvo evangelizando por Nuevo México, describió el método de caza de los “Apaches Vaqueros”. Contó que iban con cautela a los abrevaderos a los que inevitablemente llegaban las manadas de